

UVE

UN VERANO EXTRA

Gira



Rosendo Mercado se enciende un cigarrillo en la furgoneta que utiliza para desplazarse a los lugares de concierto con sus músicos. / REPORTAJE GRÁFICO: ALBERTO CUELLAR

«Camino Soria» con Rosendo

El incombustible rockero de Carabanchel ha iniciado su gira de verano y EL MUNDO le acompañó en las 24 horas de uno de sus primeros conciertos. Son las interioridades de un veterano de la carretera

SILVIA GRIJALBA

Entrar en la furgoneta de Rosendo y su grupo cuando regresan a Madrid después de un concierto (o varios) puede acabar con la estabilidad emocional de cualquiera. El sonido melancólico de Morphine, con esos saxos moribundos que obligan a contener las lágrimas, respuestas lacónicas a preguntas esenciales para la supervivencia («¿me pasas el agua?», «mmmmh...»), ojeras y caras largas en un ambiente totalmente inapropiado para unos obreros que vuelven a casa después de varios días de trabajo. Y es que Rosendo y sus muchachos lo tienen claro —como el resto de los

músicos de rock, aunque son pocos los que se atreven a confesarlo—: el peor momento de una gira es cuando ésta se acaba. En este caso se trataba de la vuelta al hogar después de un concierto en Soria —aquella ciudad que popularizó Gabinete Caligari con su canción—, pero es preferible no pensar en el estado en el que pueden caer cuando, a finales de septiembre, se acabe la ristra de conciertos —cerca de 50— que Rosendo Mercado tiene contratados para este verano.

«Pues por supuesto que el momento más deprimente de un bolo», explica Rosendo, «es cuando vuelves a casa. Hombre, una gira o hacer varios conciertos seguidos tiene

su lado negativo: duermes poco, comes a deshoras, a veces te enfrentas a problemas de infraestructuras graves... Pero irte por ahí a actuar es estupendo, es lo mejor que hay y yo, en los peores momentos de mi carrera, cuando pensaba que quizá no podría seguir dedicándome a esto, tenía claro que lo que más iba a echar de menos era la carretera. Actuar en una ciudad ante un montón de gente que se sabe tus canciones y estar con un grupo de amigos pasando el tiempo hasta que llega el momento del concierto no puede decirse que sea muy desagradable. Así que, por mucho que quieras a tu familia y aunque estés deseando verles, la vuelta a casa es un bajón». SIGUE EN PÁGINA 44

Gira

(VIENE DE PÁGINA 43) Rafa Vegas, el bajista de Rosendo desde hace 15 años, reconoce que el hecho de que la vuelta no sea en domingo es toda una ventaja. Él es el único de la furgoneta (en la que viajan Mariano, el batería, el manager Joaquín Calero y los técnicos de monitores, de P.A. y luces) que odia el fútbol y recuerda con horror los domingos de regreso, en los que tenía que soportar *Carrusel* deportivo como música de fondo. «Ahora ya no lo hacemos», recuerda con nostalgia, «pero hace años, en medio de esos ataques de vuelta a Madrid, poníamos una película porno y la gente de los otros coches se quedaba alucinada mirando el vídeo. A nosotros, la peli tampoco nos importaba demasiado, pero la reacción de la gente era lo más divertido del viaje».

Y es que en la gira de Rosendo, que durante este verano presenta los temas de su disco *Canciones para dementes y mero normales*, hay un espíritu casi infantil de bromas y gamberradas blancas, que es el que termina haciendo más llevadera la cara oscura de una gira. «La única forma», comenta este roquero que lleva 30 años en la carretera, «de estar a gusto es así: sin malos rollos y con buen humor».

GRAMMY. El comienzo de este trozo de la gira veraniega del músico, que acaba de ser nominado, en el apartado de rock, para los Premios Grammy Latinos (algo que no entiendo», explica saltándose cualquier norma de marketing, «porque mis discos no se han publicado en Latinoamérica») es como el de cualquier grupo de amigos que irían en un viaje: café con bollo en el bar de un hotel de la Plaza Conde de Casal (Madrid) donde siempre quedan para salir, charla desenfadada, subida a la furgoneta...

Por el camino, aprovechando la presencia de elementos ajenos al círculo habitual de la gira, empiezan a hacer memoria y a recordar anécdotas de carretera. Todas ellas sirven para empezar a instaurar algo que más tarde quedaría muy claro: que Rosendo tiene una popularidad inmensa y muy especial; con él la gente se siente en el derecho de contarle su vida, explicarle lo que sintió la primera vez que oyó un disco de Ledo o confesarle lo identificado que se siente con alguna de sus letras. Y es que ser Rosendo tiene sus contrapartidas. Como, por ejemplo, que la Guardia Civil te pida un autógrafo en vez de «¿es papeles?» cuando descubre que en la furgoneta que ha parado veía Rosendo Mercado. «Sí, eso fue una vez que nos pararon», comenta Rosendo —así le llaman sus fans— «y la que nos pedía la documentación era una chica. Le dije que sí le podía dar un beso, porque yo nunca antes había



«MANERAS DE VIVIR»

Los momentos previos al concierto exigen tranquilidad para contrarrestar los nervios que se desatan en el escenario. El camerino es la penúltima parada antes de que el rugido de las guitarras se apodere de todo lo demás.

besado a un guardia civil, y me dejó».

Durante la comida, en un restaurante finísimo —que ser «un peludo», como Rosendo se auto-

denomina algunas veces, no está reñido con el buen vino y la novelle cuisine— de las afueras de Soria, también hay tiempo para constatar que Rosendo es una

especie de patrimonio nacional, al nivel de las folclóricas, que todo el mundo adora. A los postres se acerca el cocinero, no para preguntar si todo ha estado de nuestro agrado, sino para que Rosendo firme un autógrafo y, de paso, se va con un par de invitaciones para el recital de esa noche, que está incluido dentro del Festival Soria Rock, por el que van a pasar Manolo García y Narco, entre otros.

Rosendo, Rafa y Mariano tienen la esperanza de poder echarse un rato de siesta hasta la prueba de sonido (a las 19:00 horas), pero el manager advierte que hay mucha prisa de prensa una hora antes, así que hay tiempo justo para ducharse, cambiarse de camiseta, lavarse los dientes y tumbarse un par de minutos en la cama. «No sé si nos daría tiempo de ponernos los bigudines y maquillarnos», bromea Mariano Montero, «que esta imagen tan natural es producto de muchas horas ante el espejo».

Después de la rueda de prensa, la prueba de sonido es rápida. «Cuando, como en este caso, la producción local funciona», explican los técnicos, «la prueba es fácil, porque ya son muchos los nuestros juntos». Después, el único ritual inamovible: una cervecita para celebrar las incidencias (si las ha habido) de la prueba.

Descanso y camino del concierto, de ese momento por el que tienen sentido todos los demás y que, aunque uno no quiera, ronda la cabeza de los músicos durante todo el día.

«Parece que no, pero siempre estás nervioso», confiesa Rosendo, «por mucho tiempo que lleves, nunca sabes exactamente qué va a pasar y, claro, eso es lo que le da todo el morbo al asunto».

APLAGAR LOS NERVIOS. Rosendo y su equipo llegan a la Plaza de Toros de Soria cuando ya están tocando sus teloneros: los logroñeses Silencio Absoluto. Las conversaciones en el camerino son banales y cada uno intenta aplacar los nervios como puede. Una música sinfónica anuncia que empieza la cuenta atrás. Los tres hacen el posello desde la enfermería-camerino hasta el escenario.

En cuanto el público los ve arriba y empiezan a sonar los compases de *Contracorriente*, todos los congregados corean de principio a fin todas y cada una de las canciones que construyen la hora y media de concierto. Están contentos. No ha habido ningún fallo y los músicos reconocen que han disfrutado («no siempre es así; hay veces que no te oyes o que hay problemas técnicos y lo pasas fatal», reconocen). Después de la tradicional firma de autógrafos a los fans comienza la cuenta atrás. Algunos, la mayoría, deciden salir a tomar unas copas y otros —entre los que se encuentra Rosendo, el jefe—, prefieren volver al hotel. Y es que la depresión de la vuelta a casa es menos dura si la cabeza está despejada y el cuerpo descansado.